

## EL FINAL DEL VERANO

Con la verga en la mano y la boca entreabierta, Pedro se frotaba con fruición mientras contemplaba cómo se retorció la prostituta con cada embestida. En derredor, otros borrachos fornicaban con más ramerías, llenando el aire nocturno de gruñidos, jadeos y las ocasionales arcadas de una vomitona. El aire apeataba a mierda, sudor, comida pasada y alcohol. Los gemidos de Pedro se intensificaron a medida que se restregaba con más desesperación, alertando al putero. Al percatarse de la audiencia que entretenía, detuvo sus embestidas momentáneamente para tirarle una boñiga a la cara. Pedro cayó al suelo embarrado en el momento en que expulsaba todo y se arrastró fuera del corral de la taberna, boqueando bobaliconamente; los excrementos le habían golpeado la boca y le impedían respirar bien.

Unas manos fuertes lo levantaron y sostuvieron su peso. Las carcajadas de Bernabé estallaron en su oreja.

—Joder, Pedro, menuda estampa —resopló el otro a escasa distancia de su cuello. Arrugó la nariz con asco—. ¡Apesta!

El zagal apenas veía un par de metros por delante, pero percibió que bajaba la temperatura a medida que se alejaban de la taberna. Un rato después, su amigo lo dejó caer bruscamente en la fuente de la plaza frente a la iglesia. No se veía un alma aquella noche fría en el pueblo de Tinieblas, que reposaba la víspera de la trashumancia. Salvo algunos jóvenes que, como ellos, celebraban su primer año de participación.

Pedro metió la cabeza entera en el agua y salió jadeando, sin mugre en la cara, pero aún con el pelo pajizo emplastado, y rodó sobre el borde de la fuente hasta caer al suelo. Sus ojos ebrios y tristes lograron finalmente enfocarse en su amigo, que lo contemplaba con los brazos en jarras y una enorme sonrisa burlona.

—Mañana vas a estar fino en la partida —dijo con sorna el otro, acucillándose frente a Pedro. De cerca, le entraron ganas de soltar un guantazo en la insoportable sonrisa de suficiencia de Bernabé,

que siempre llevaba el pelo oscuro revuelto de la manera idónea para captar la atención de las muchachas. Con el espantajo que era su padre, no era justo.

Bernabé le dio unas palmaditas condescendientes en el hombro.

—¿Necesitas ayuda, zagalillo? Mamas que da gusto, se nota que tu viejo es un mamón de feria.

Pedro trató de empujarlo, pero el otro se levantó entre carcajadas. Resoplando, Bernabé escupió en dirección al otro muchacho.

—No me toques los cojones, Berna. Mi padre es un cerdo borracho, pero solo lo digo yo. ¿Te enteras?

Espatarrado en el agua, Pedro trató de incorporarse. Echó la pota más líquida y alcoholizada de su vida e intentó darse la vuelta. Tras contemplar sus infructuosos esfuerzos, Bernabé se compadeció de él y le tendió una mano para levantarlo.

—Como te vea tu madre así me corta la minga. Vamos al río a ver si se te pasa.

Pedro refunfuñó. La temperatura continuó bajando a medida que dejaban atrás el pueblo.

—Oye, no quería malmeter con tu viejo —dijo Bernabé, con cierta culpa.

Sintió cómo Pedro se encogía de hombros a su lado.

—El vilordo se chuza desde que perdió la pierna, pero creo que usa la botella de manera equivocada; debería intentar meter la verga por el cuello y aliviarse un poco —soltó, burlón.

—Debe querer verte marchar, eh —farfulló Bernabé.

El joven ebrio apretó los finos labios, elevando con resentimiento los ojos hacia el cielo cubierto.

—Está que no se lo cree, el vaina.

El aire de la montaña despejó la cabeza embotada de Pedro. La peste del pueblo desapareció y sus sentidos captaron olor a hierba fresca, a pino y tomillo, y el dulce ulular entre las copas de los árboles le arrancó un suspiro. El tronar del río, que aquel año corría con bravura al término del verano, se intensificó hasta que ambos zagales dieron a parar a un claro.

Bernabé se deshizo de su amigo y corrió hacia las aguas que bajaban heladas de la montaña, alumbrándose con un pequeño candil. El río Umbrío dividía Tinieblas del Valle, el pueblo grande donde ambos vivían, de Tinieblas del Río, la mitad pobre de la localidad, cuyos pocos habitantes vivían desperdigados por el bosque y la montaña. Casi nunca iban por allí; era un lugar frío e inhóspito, oscuro y peligroso en los meses invernales, cuando los lobos y los osos bajaban ávidos de carne. Entre la maleza del sendero inhóspito que se adentraba en Tinieblas del Río, dispersas como claros por el bosque, se alzaban unas pocas casas como depredadores al acecho.

—¿Qué haces? —gritó Pedro al otro zagal, que se asomaba al Umbrío por el único puente que permitía cruzar el cauce hacia Tinieblas del Río.

Su amigo, apenas una luciérnaga engullida por la oscuridad, lo apremió a acercarse y el joven se arrastró hacia el puente con resoplidos esforzados. Se sentía extrañamente bien tras regurgitar el alcohol, con una leve niebla enturbiándole los sentidos y después de eyacular. La siguiente vez se prometió hacerlo dentro de una mujer. Berna ya lo había hecho.

Encontró al susodicho meando en las aguas torrenciales debajo de ellos por el borde del puente.

—¿Qué miras? ¡Mea tú también, a ver si en el palacio se dan un buen festín de orina con el vino! —exclamó Bernabé para hacerse oír sobre el ruido del agua. Se sacudió el miembro y volvió a abrocharse el pantalón—. Ahora tú.

Pedro dudó un instante, acostumbrado a meterse en líos por culpa del otro. La semana anterior los habían corrido a escobazos del convento por robar en el huerto. Terminó asintiendo con un encogimiento de hombros.

—Tú quieres que salgamos mañana, ¿verdad? —preguntó de pronto Bernabé, con los ojos entrecerrados—. Estaremos casi medio año fuera de casa...

Pedro lo interrumpió con un ademán impaciente que casi rebota contra la sien de su amigo.

—Eso te pesará a ti. Alejarme de mi choza es un alivio —aseguró.

Detestaba a su padre, siempre deprimido y borracho desde que se quedó cojo; detestaba lo mal que trataba a su hermano pequeño David, que era más tonto que Abundio pero más bueno que un cacho de pan; detestaba al propio David por hacerle sentir tan mal cada vez que se reían de él, aunque no había fallado una sola ocasión en defenderle...

—¿A merced de los mayores y por fuerza arrimando el hombro? —insistió Bernabé.

Pedro se puso serio y se enderezó a duras penas para mirar a su compañero directamente a los ojos.

—Tengo un plan. Te lo cuento y meo.

Bernabé reprimió la risa y asintió.

—El mamacallos de mi padre cree que con esto la familia levantará cabeza; ya sabes que desde que perdió la pierna vivimos de las dos lechugas que da la mierda del huerto —explicó Pedro, subiéndose al puente y balanceándose peligrosamente en el borde—. Se cuenta todo esto como que heredo su plaza en la trashumancia, la que perdió cuando se quedó cojo. Pero no pienso volver aquí jamás.

Bernabé lo contempló boquiabierto.

—En algún momento, lograré escabullirme y quedarme por el sur. Cualquier cosa menos aquí. Lo siento por David —añadió Pedro. Al visualizar el rostro granujiento y pastoso de su hermano pequeño, que en realidad era mucho más grandullón que él y sufría humillaciones tanto en casa como fuera de ella, de veras lo sintió.

Bernabé tardó en procesar la información, lo que su amigo interpretó como reprobación.

—Entiendo que tú no te largues. Te llevas bien con los tuyos y no tienes muchas luces. —Pedro trató de alejarse a tiempo de las represalias, por fortuna no en dirección al abismo bajo el puente, pero Bernabé lo alcanzó fácilmente y le frotó la mano por la mejilla hasta que dolió.

—Ahora, sácatela. Seguro que aún te queda vino que mear —ordenó el muchacho sobrio con condescendencia.

Pedro se acercó con paso vacilante al borde del puente. Agarrado a la piedra, empezó a hacer pis y pareció que nunca pararía. Se giró para hablar con Bernabé y empapó la piedra del puente, lo que le provocó una carcajada.

Pero su amigo ya no estaba junto a él.

—¿Berna?

El viento soplaba con fuerza en el claro y agitaba las copas de los árboles, más negras que la oscuridad. En el cielo no brillaba ni una estrella, solo la débil luz del candil que habían dejado en el suelo, al comienzo del puente.

—¿Berna? —insistió Pedro, confuso.

Con pasos tambaleantes, cogió el farol y lo levantó a la altura de su rostro. El claro estaba desierto.

Trastabillando, el zagal se acercó a la linde del bosque. La pequeña luz revoloteaba sobre las hojas negras de la primera línea de verdura. Dio la vuelta al claro y después miró a su espalda, donde se extendía el puente. ¿Habría cruzado Bernabé a sus espaldas hasta el otro lado?

No quería pisar Tinieblas del Río, pero tampoco quería regresar solo. Ni siquiera estaba seguro de saber hacerlo. Por ello, Pedro se dirigió con paso torpe y reacio hacia el río de nuevo; tomó aire y comenzó a cruzar el puente sobre las aguas, que rugían bajo sus pies. La temperatura era muy baja, y un gélido vaho salió de su boca y se perdió en la negrura de la noche. Con dedos ateridos, se sujetaba constantemente a la piedra para no perder el equilibrio.

Al llegar al otro extremo, levantó de nuevo la débil llama, sin lograr iluminar más allá de unos pocos metros.

—¿Berna? —volvió a preguntar, con los dientes castañeteando.

Un crujido a su espalda lo hizo girarse bruscamente; tuvo que apoyarse en el borde para no caer. Detrás de él solo lo esperaba el puente de regreso al claro solitario y a Tinieblas del Valle.

Con un estremecimiento, Pedro volvió a contemplar el bosque que se extendía frente a él. Más oscuro, más amenazador, más alto que el del otro lado del puente. La sombra de la montaña se erguía tras los altos pinos negros. Se sopló los dedos, tratando de insuflarse calor, y regresó con pasitos vacilantes y martilleo en el pecho.

El claro seguía desierto. Pedro respiró hondo y decidió volver a bordear el claro, prestando más atención.

—¡Bernabé! ¡Contesta, cabrón!

Unos arbustos se agitaron a su izquierda, pero solo era una comadreja que huía despavorida. El corazón le tamborileaba y cada vez le costaba más tomar aliento.

—¿Berna? ¡No tiene gracia! ¡Sal, condenado!

Entre unos arbustos, descubrió la cuerda con la que su amigo se sujetaba los pantalones. La manoseó, sin comprender qué hacía allí. Siguió rebuscando entre la maleza y, a un par de metros del claro, encontró los pantalones. Se le escapó una risa desinflada al imaginarse a Bernabé con los pantalones caídos.

Su risa se apagó y de pronto se dio cuenta de que nadaba en el silencio. El bosque no se movía. No había graznidos, crujidos, gruñidos, ni siquiera aleteo de aves.

La garganta comenzó a latirle al ritmo del corazón. Se apresuró a regresar al claro, al reconfortante bramido del río. Allí no escuchaba el ensordecedor silencio que reinaba entre los chopos y abedules, y más allá los pinos.

—¿Berna? —preguntó con un hilo de voz, sin dejar de girar sobre sí mismo para tratar de ver por todos los ángulos al mismo tiempo.

El claro estaba desierto.

El bosque estaba desierto.

Por el rabillo del ojo, vio algo que brillaba, enredado en las ramas de un enebro. Se acercó, temblando, y asió la tela, que se mecía al viento. Eran los calzones de Bernabé.

—Vas a tener la picha encogida con la rasca —dijo al aire, dejando escapar una risa nerviosa. Al bajar la mirada, se dio cuenta de que la suya no la había metido en el pantalón y se bamboleaba en el aire nocturno. Bajó las manos para meterla en la prenda, pero volvió a subirlas, mirando el candil. No quería dejarlo en el suelo, pero no podía meterse la verga en el pantalón con una sola mano.

Un sonido sordo, de algo pesado que golpeaba el suelo, lo distrajo. Estaba al otro extremo del claro, justo en la linde del bosque.

—¿Berna?—preguntó, con voz temblorosa, mientras se aproximaba.

A la débil luz del candil, distinguió una sombra del tamaño de un hombre tendida en el suelo. El miedo dio paso a la indignación.

—Hijo de mil padres, me has...

La voz murió al posar los ojos en el cuerpo de Bernabé, abierto en canal y aún palpitante. Alguien le había arrancado el miembro de cuajo. Un gemido similar al viento se elevó de la garganta de Pedro sin darse cuenta. Reculó, mientras el aire se llenaba del sonido rasgado de la tela al moverse. De ojos brillantes en la penumbra. De siseos que decían:

—Más, más, más...

La letanía lo rodeaba, cada vez más próxima. Una mano rodeó su verga y la arrancó de un tirón, derramando un río carmesí por su entrepierna. Con los ojos desorbitados, Pedro se giró y se dio de bruces con una criatura monstruosa, humanoide, de piel blanca como la harina y ojos cristalinos como los de los gatos. Carecía de nariz, lo que le daba aspecto de calavera. La boca del monstruo se ensanchó en una amplia sonrisa, demasiado amplia, gigantesca, mostrando una media luna repleta de dientes que se inclinaron con calma para cercenar el cuello de Pedro. Los ojos del zagal contemplaron, ya sin ver, el oscuro cielo de la noche.

# Otoño

Ya se van los pastores a la Extremadura,  
ya se queda la sierra triste y oscura.

**Cancionero popular leonés**





## 1

—Mal augurio.

El día que partieron los rebaños y sus pastores para pasar los meses invernales en tierras más fértiles fue el último día de sol en Tinieblas. Y no fue un sol esplendoroso; el pueblo empezaba a sentir los primeros vientos fríos del otoño, aunque aún debieran haber disfrutado de varias semanas de luz antes de que se encapotara el cielo. Aunque el sol seguía allí arriba, apenas se notaba su calor. El ominoso vaticinio del combativo y pesimista párroco local desató un escalofrío entre los que habían acudido a decir adiós a mayores, rabadanes, compañeros, sobrados y zagales, que se despedían con pescozones de los motriles sin percatarse de la luctuosa luz que alumbraba su partida y de los ánimos aún más lóbregos de los más experimentados.

Era el 14 de septiembre de 1815 y había sido precedido de un verano corto y raro, tibio, pero no cálido. El pueblo se despidió de sus muchachos con las calles más tristes y oscuras de lo habitual. Se marchaba la mayoría de los hombres fuertes y viriles que no ejercían un oficio y no eran acaudalados o pobres de solemnidad. Las mujeres sollozaban por las calles, aunque fueran solteras. Lo más probable es que siguieran siéndolo durante varios meses más, hasta que los campos deshelaran y hombres y ganado retornaran al pueblo. Todas las personalidades acudieron a despedir a los que se embarcaban en la trashumancia, pues el ganado era el sustento principal de Tinieblas y la mayoría de la población se dedicaba de una u otra manera a vivir de él.

La multitud se aglutinaba al comienzo de la Cañada Real Oriental, que corría a las afueras por el camino hacia Valladolid, la entrada llana y más frecuentada a Tinieblas. En la ruta hacia el sureste podían encontrarse postas, herradores, aguaderas y hasta una taberna. Entre todo el gentío que partía, no menos de ochenta personas, pocos advirtieron que faltaban dos zagales. Nadie le dio importancia. Al fin y al cabo, uno de ellos era bebedor habitual, hijo de un alcohólico bien conocido en la comarca.

—Y el otro, el lacayo —calificó despectivamente uno de los pocos muchachos que no partían, Cosme, un joven herrero grande y fuerte con la mandíbula de una mula. Apenas conocía a los zagales, pero gustaba de opinar sobre todo.

El día anterior, los ausentes habían estado fanfarroneando en la taberna sobre su primer año pastoreando en el sur; su cobardía al no presentarse sentó mal entre los más veteranos y entre aquellos a los que habían chuleado gracias a su nueva posición. Muchos pensaron que aparecerían más tarde, con la cabeza gacha e intentando pasar desapercibidos.

Volver, volvieron. En sacos.

Las lavanderas que aún se atrevían a castigar sus manos con las frías aguas del río se habían internado a primera hora en la espesura de la montaña cargadas con cestos llenos de ropa. Y allí los dejaron. Al llegar al claro donde se extendía el único puente que permitía cruzar el río Umbrío a la altura de Tinieblas, encontraron un cuerpo retorcido abierto en canal, vacío, sin órganos, junto a otro intacto..., excepto por la cabeza, aplastada como una sandía. Los retazos de sus ropas los delataban como humanos. Después de lavarlos, los que los habían conocido pudieron afinar más: eran Bernabé Lafuente y Pedro Valdecantos, los zagales huidos.

Un grupo de carreteros transportó los cuerpos a la casa del doctor para ver qué podía hacer —no se sabía si por ellos o con ellos— e informó a las autoridades de lo sucedido. El primero, el señor cura.

—Mal asunto este —dijo Don Jacinto, el sacerdote de la parroquia de Tinieblas, un hombre enjuto, severo, calvo y grande. No se dirigía a nadie en concreto, pero le contestó el único presente en la austera sala de piedra gris que constituía el gran salón del consistorio: el corregidor, máxima autoridad civil de la ciudad, de apenas veinte años.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó el joven, retorciéndose las manos bajo un gran escritorio de roble de madera agrisada y desgastada, cubierto de papeles y cartas.

don Jacinto se tomó un tiempo en contestar. El cerebro de uno asomaba como la pulpa de una fruta por su cara, arrancada de cuajo; el otro permanecía intacto excepto por la mandíbula, descoyuntada en un rictus de terror. Ambas muertes podían ser obra de animales salvajes; jabalíes y lobos moraban por los montes de la comarca de Pinares en la que se enmarcaba Tinieblas, y de los órganos bien podían haber dado cuenta los buitres. No obstante, reprimió un escalofrío antes de contestar.

—Mal asunto —repitió don Jacinto, pensativo—. No es buena señal que ocurra precisamente ahora, al inicio de la trashumancia.

El corregidor tragó saliva y asintió. Sentía subir el pánico por su garganta. Solo llevaba dos meses en el pueblo.

—Hijo mío, Dios le pone a prueba —dijo solemnemente don Jacinto—. Ha mandado estudiar los... cuerpos para ver qué ha pasado, ¿verdad?

El corregidor asintió con la saliva en la boca, pues de tan seca que tenía la garganta no podía tragarla.

—Sí, a don Eulogio —logró balbucear, y casi se le saltan las lágrimas de la sequedad. Tenía una voz chillona que al religioso le chirriaba en los tímpanos. Había muy poco que le gustara del nuevo corregidor nombrado desde Madrid, un crío afeminado que vestía de forma vanidosa con torera, faja plateada y un pañuelo granate al cuello.

—Pues infórmeme en cuanto sepa algo más, informe también al señor duque y cuídese de mencionarlo a nadie más. Cuando tengamos más datos veremos qué hacer.

Dicho esto, don Jacinto se cubrió con su manteo negro y salió, dejando un viento helado detrás, incluso después de cerrar la puerta. El corregidor, Benicio Dávalos y Orgaz, suspiró al sentir cómo disminuía la presión. Cada día, los ojos de los tinieblenses le escudriñaban, desmigando su gestión al frente del pueblo. En los dos meses que llevaba gobernando Tinieblas había tenido que lidiar con un verano de mala huerta y con un otoño de poco sol, aderezado ahora con cadáveres plantados en el bosque. ¿Qué podía hacer él?

Solo en el imponente y frío salón de piedra, Benicio se sumergió en un documento obtuso sobre los derechos del Honrado Concejo de la Mesta, la poderosa organización de ganaderos castellanos, con gran presencia en la comarca de Pinares, a la que pertenecía Tinieblas. Era una institución medieval con mucho peso económico en el pasado, y sus derechos eran algo que tenía que comprender en el menor tiempo posible, dada la importancia del sector en la zona. Le costaba horrores entenderlo y no digamos defenderlo, como de él se esperaba. Los agricultores, en su opinión con razón, se quejaban de los absurdos privilegios con que contaba la Mesta, especialmente tras la invasión napoleónica, que había golpeado duramente a la industria textil, el negocio principal de los propietarios de ganado. La ganadería perdía peso pero no derechos, y los agricultores ganaban importancia y se quejaban.

Y al rey Fernando le daba todo igual. Bien lo sabía Benicio, que había dado con su cuerpo en Tinieblas por la obsesión del Borbón de controlarlo todo y estar constantemente vigilante ante liberales y afrancesados. Había impuesto su autoridad real en toda Castilla con la esperanza de capturar al líder libertador Juan Martín Díez, El Empecinado, un héroe local que se había levantado contra los derechos absolutos del monarca tras ayudarlo a derrotar al invasor francés. Al corregidor le aburría sobremanera el tema. No sentía simpatía por el rebelde, pero tampoco la ira que se esperaba de él ante los desplantes a la Corona.

Al rato, Benicio dejó por imposible el tema de la Mesta, se sopló los dedos para insuflar un poco de calor y cogió sin mucho interés el siguiente asunto que había llegado a su mesa, algo sobre un problema de cosechas. Había sido un verano triste y gris. Ahora, a comienzos del otoño, el frío era espantoso e inusual, y el sol, un aro pálido en el cielo que casi se podía mirar directamente, tan fría y distante parecía su luz. Sin entender nada de lo que leía, pues la agricultura le resultaba aún más soporífera que la ganadería, el corregidor pasó los ojos por las líneas escritas y se balanceó en su silla con la mente en blanco.

Casi se cayó del susto cuando entró enérgicamente en la sala Lizardo Escurín, el joven secretario del duque de Santiesteban, el noble del pueblo. Benicio trató de compensar el asiento, se derrumbó encima de la mesa y se puso rápidamente en pie para disimular, carraspeando ruidosamente.

—¿Sí? —preguntó, tratando de imprimir a su voz el tono de quien ha sido interrumpido mientras llevaba a cabo una importante tarea.

—Señoría, el duque ha ido a presentar sus respetos a las familias de los pastores fallecidos —informó el recién llegado con una voz aterciopelada—. Le cita a una reunión esta noche en su palacio para discutir la cuestión. No todos los días se producen sucesos así en Tinieblas —sentenció, con la cadencia de quien repite la frase de otro.

Benicio asintió, sin cuestionarse la citación.

—Allí estaré. Avisaré a don Eulogio...

—Avisé también al boticario, don Arsenio —indicó el secretario, cuadrando frente al escritorio sus anchos hombros—. La duquesa es fácilmente impresionable y se encuentra débil de ánimo tras lo sucedido. Le vendrá bien algún remedio.

Benicio asintió, sin mucho interés. La hija del duque era una joven nerviosa, ciertamente, pero no parecía probable que le importara el destino de dos pastores, si es que había llegado a sus oídos lo sucedido. Pero obedecería, por si la orden provenía de arriba. No era su lugar juzgar lo que ocurría en casa del hombre más poderoso del pueblo.

## 2

Lizardo Escurín se retiró del consistorio silbando y arrebuajándose en su capa de franela. Se le encogió la entrepierna ante el primer hachazo del viento, pero se paseó por las calles empedradas como si el frío no fuera con él. Al rato ya daba igual porque no sentía nada en los dedos, aunque tratara de moverlos. Cruzó la plaza frente al ayuntamiento y

dejó atrás las viviendas más nobles y céntricas de piedra con portadas únicas, grandes arcadas y balcones de madera labrada. Se adentró por las calles del pueblo, escoltadas por construcciones bajas y recias de teja, madera y piedra, austeras y castellanas, con sus típicas chimeneas pinariegas cónicas de madera y cestería. Todas echaban humo. En los hogares humildes la cocina era el centro de la casa, la habitación principal donde se congregaban todos los miembros de la familia. Hacía tiempo que Lizardo no vivía en casas así.

El secretario del duque fingió no darse cuenta de las miradas admiradas que le dirigían todas las mujeres que se cruzaban en su camino. Sentía que recorrerían con los ojos su cabello rizado oscuro, peinado con patillas a la moda de la capital, su rostro anguloso y varonil, sus ojos de largas pestañas. ¿Cómo los había descrito la señora de Casalira en Madrid? «Color chocolate», había dicho embelesada, un manjar que él había probado por primera vez en la alcoba de ella, tras gozar una noche entera. Lizardo provenía de una familia humilde, y su cerebro le había abierto tantas puertas como sus ojos y su cuerpo.

Hacia el final del recorrido apretó el paso, al recordar que el duque estaba fuera, y eso significaba que su hija, la duquesa Candela, estaba sola en palacio. Solo se detuvo un instante, a pesar del frío. Al entrar en el jardín de Santiesteban, sobre los parterres que bordeaban la fachada oeste, asomó súbitamente un rostro blanco como la leche, pequeño, de cabello enmarañado negro y nariz casi inexistente. Muy desagradable. ¿Sería un nuevo jardinero?

De pronto, la mitad inferior de aquella cara se transformó: donde debería haber estado la boca se extendió una ranura ancha llena de dientes hasta casi tocar las inexistentes orejas. Los ojos parecían de cristal. Lizardo se estremeció y apartó la vista, fingiendo que había algo que había captado su atención. Sería algún tullido de la guerra.

Una nana que provenía del piso de arriba lo distrajo. Candela Josefa Alvar, la hija del duque de Santiesteban, canturreaba a su niño con voz rasgada desde la ventana del primer piso del edificio, un palacio castellano de piedra de dos plantas cuya fachada ocupaba más de cincuenta metros. Numerosos balcones de amplias y altas ventanas la troceaban. En el centro, dos columnas se unían en una clave que sustentaba el escudo de la familia: una torre de piedra con tapetes en la fachada y tres árboles. Fortalezas, lana y madera, los tres pilares del negocio de la comarca de Pinares. Por aquel umbral tan noble entró Lizardo y giró inmediatamente a la derecha para tomar una amplia escalera de piedra que conducía al piso superior. Tapices ajados adornaban su recorrido, casi la única decoración que lo acompañaba. El interior del palacio era tan austero como su dueño, el duque, pero

la sobriedad no disimulaba la riqueza de los candelabros de metales preciosos, las grandiosas chimeneas, las inmensas ventanas y las mullidas alfombras en casi todas las estancias. El delicioso olor de un asado envolvía la planta baja del edificio a la hora de comer; por las mañanas era el perfume de flores frescas del jardín o el incienso en los salones; y por las noches, el aroma de la madera al quemarse en las chimeneas.

El palacio de Santiesteban era un lugar señorial que Lizardo había disfrutado gestionando durante los últimos cinco años. Había merecido la pena abandonar la capital, aunque su motivación no había sido un palacio, sino la persona a la que subía a ver, la duquesa Candela.

Al entrar en la amplia alcoba, menos austera que el resto del edificio, contempló a la joven en camión, a pesar de la corriente helada que entraba a bocanadas por la ventana abierta, una chica alta y muy delgada de pelo rubio y lacio hasta la mitad de la espalda. Sin maquillar, su piel no se veía tan blanca como ella quisiera y resaltaba en su mejilla derecha un lunar grande. Abrió mucho los ojos al verle, unos ojos pequeños, castaños y algo hundidos que le daban un aire muy romántico.

—¿Cómo se atreve? —bramó con voz chirriante.

Lizardo se acercó alargando la mano en un gesto para aplacarla.

—No os alteréis, Candela. Vuestro padre ha salido y he venido a haceros compañía... Ya sabéis que el médico no desea que estéis sola.

No lo estaba: una doncella bien abrigada y silenciosa vigilaba sus movimientos desde un rincón. Candela requería constante supervisión porque podía tratar de hacerse daño o volver a herir a su hijo, ese niño que no era de un marido y ni siquiera era completamente español. El crío echaba por tierra las posibilidades casamenteras de la joven con alguien de su clase, pero abría unas invitadoras puertas a alguien del rango de Lizardo.

Sin mirarle a los ojos, Candela retrocedió, negando con la cabeza y agarrada a la tela de su camión. Lizardo indicó a la doncella que se retirase; aunque era inapropiado que se quedara a solas con la duquesa, el servicio sabía quién pagaba. La puerta se cerró y se quedaron solos en la hermosa habitación, presidida por una cama con dosel azul y una gran chimenea que había manchado de hollín la pared bordeada por insulsos cuadros cortesanos. El mobiliario era de madera de roble oscura, antigua y resistente, tallada con escudos de la familia y con tiradores de cobre. Todo exudaba riqueza, incluso el arrugado y sencillo camión de la duquesa de satén blanco, que asía con manos delgadas e inmaculadas. Lizardo la cogió por los hombros y la apretó contra su pecho.

Candela trató de zafarse gritando.

—¡No! ¡No! ¡No quiero, no!

Lizardo la mantuvo asida por los hombros para recitarle lo mismo de siempre. Algún día lo aceptaría como inevitable, no le haría mal recordárselo todos los días.

—¿No os dais cuenta, Candela? Somos casi marido y mujer, especialmente a ojos del pueblo. Soy el único que quiere casarse con vos, así lo ha querido Dios. Vuestro padre ya da al niño por mío en Tinieblas. ¿No veis que es lo mejor para todos?

Candela seguía negándose, en voz cada vez más baja. Dobló las rodillas para deslizarse hasta el suelo, pero Lizardo la mantuvo erguida a la fuerza, a pulso. Los ojos de ella miraron hacia la cuna donde retozaba su niño, ya demasiado mayor para no hablar bien, y que, sin embargo, no sabía aún pronunciar palabra. Lo contemplaron como si fuera un monstruo y luego clavó los ojos en Lizardo con el mismo horror.

—No será el bastardo de un francés, será el nuevo duque, y yo, un padre para él —continuó el secretario ducal, tratando de acariciarle la mejilla sin que la joven se zafara de su abrazo.

Candela le miró con los ojos como platos y Lizardo la abrazó apretándole la espalda.

—Os voy a hacer una esposa feliz, ya lo veréis. No me negaréis un beso, ¿a que no?

Candela, que se había ido apaciguando, comenzó a mecerse y musitar. Lizardo la cogió de la nuca con una sola mano, forzándola a mirar hacia arriba con la cabeza inclinada hacia atrás. Los aterrados ojos castaños se hundieron aún más en sus cuencas. El secretario juntó sus labios bruscamente y la estrujó sintiendo los pequeños pechos y la cintura estrecha sin la molestia de la tela de las ropas normales. Solo el fino satén le separaba de su cuerpo. Manoseó el talle y los pechos con premura, como un sorbo de un licor que el médico ha prohibido. Candela gritó y le mordió la barbilla.

—¡Que no! —exclamó dejándose caer sobre un cojín blando.

Sin perder un segundo, como continuando lo que estaba haciendo, Lizardo se inclinó sobre la cuna y cogió al niño en brazos, un niño rollizo y rosado de unos tres años con los ojos azules de un francés.

—No volváis a hacerlo, Candela, estáis desequilibrada. Me obligáis a llevarme al niño para que no le hagáis daño —le reprochó con voz suave y triste. Lizardo cerró tras de sí la puerta, llamando a la doncella para vigilar a la duquesa en su soledad. Los berridos de la noble resonaban por todo el palacio, pero nadie acudiría en ayuda de «la loca», como la llamaba la servidumbre. Atravesó el umbral de sus aposentos, mucho más modestos, con el niño en sus brazos. No lloraba, poseía su rostro una expresión de estupor bovino. Lo dejó

sobre la cama y se acercó a un espejo a mirarse la barbilla, que aún le dolía del mordisco. Pasó el dedo por la piel marcada por los dientes de la joven duquesa. Las huellas empezaban a borrarse. Antes de sentarse en su escritorio le dijo al niño:

—Algún día me armaré de valor y te tiraré por la ventana, asqueroso gabacho.

### 3

Lo que más le gustaba a la hermana lega Soledad Espinosa era la carne; no la de un buen asado, sino la que yacía sobre una camilla de consulta. Sentía una tremenda curiosidad por el cuerpo y su funcionamiento, una pasión no declarada pero extremadamente útil para Eulogio Utero, el médico del pueblo. Ayudándole en sus consultas sentía que lo que hacía era realmente importante, a la vez que fascinante. Cuando asistía al doctor era cuando la monja se sentía más cerca de Dios, ayudando a otros de una manera práctica, no con rezos. Además, agradecía salir del convento con cualquier pretexto. Se aburría allí y detestaba a sus compañeras. Las que no le resultaban estúpidas y bovinas eran amargadas que deseaban ser ramerías o esposas. Quizá ambas cosas. Aquel día era el más fascinante hasta la fecha junto al médico, tanto más cuanto que él parecía sobrepasado por la situación. Don Eulogio había pasado la noche con el estómago revuelto y la tarea que tenía por delante no disminuía su indigestión. Sobre la camilla del consultorio yacía un cuerpo unido a una masa de carne y sangre más o menos del tamaño de una cabeza. El cadáver que les esperaba en el armario era aún peor.

Sol había conocido a Pedro Valdecantos, el joven que una vez había sido ese cuerpo. Era hijo de un borracho cojo y robaba ciruelas en el huerto del convento. Ahora era él quien parecía una ciruela: su rostro era una pulpa roja y amoratada llena de dientes, apenas reconocible. Don Eulogio no se quedaba atrás en su parecido a una fruta; tenía la cara verdosa y aún más delgada y arrugada que de costumbre. Apenas parecía llenar la camisa de tela basta de color hueso que llevaba. No era la primera vez que el médico debía emprender una tarea desagradable, pero tampoco se hallaba frente a espectáculos semejantes cada día, y menos con el estómago del revés. Su indigestión se agravaba por momentos.

El doctor se acercó valientemente a la mesa para seguir describiendo el cadáver, y Sol bajó la mirada para continuar apuntándolo. Pero sintió que una fuerza la impulsaba a volver a mirar el cuerpo, fascinada y asqueada. Coincidió justo con el momento en que don Eulogio cogía de la... ¿barbilla?



aquella masa y la alzada. Con un sonido húmedo, un trozo de cerebro se separó y cayó al suelo con el movimiento de un flan. El doctor lo recogió y volvió a introducirlo entre aquella masa carnosa, intentando que quedara en su lugar, algo difícil de intuir entre aquel amasijo sanguinolento. Se lavó las manos pulcramente y se dirigió con premura al umbral para regurgitar el desayuno lejos de la camilla. Era la tercera vez que vomitaba esa mañana y la primera había sido antes de recibir aquellos muertos en su casa. Los casos de tifus, miembros aplastados y tumores que había tratado hasta aquel día le parecían irrisorios ahora. Su estómago le recomendaba que tampoco se esforzara mucho por recordarlos.

Sol se percató de que, si lo hacía ella, quizá todo acabara antes. Y además... le apetecía. Repitió el movimiento del médico, así con firmeza del mismo lugar y se embadurnó las manos de sesos. Sujetó contra la cabeza la masa carnosa que asomaba por entre sus dedos para que no cayera de nuevo al suelo, observó detenidamente lo que tenía entre manos y determinó dos cosas: al chaval le habían arrancado la piel de toda la cara y le habían dado la vuelta a la mandíbula inferior hacia arriba en un ángulo imposible con la superior que semejaba a un cepo forzado. Los dientes de abajo se mordían lo que habría sido la frente; los ojos asomaban entre ellos.

—Don Eulogio, esto no puede haberlo hecho un animal —dijo convencida.

—¿Qué queréis decir? —preguntó el anciano angustiado agarrándose la tripa, aún apoyado en el quicio de la puerta del patio. Por el tono quebrado de su voz daba la sensación de que siempre se estaba quejando.

—Se necesita demasiada precisión. Un animal tiene la fuerza pero no la habilidad para arrancar toda la piel de una cara —observó Sol, inspeccionando lo que quedaba del rostro del muerto.

—Pueden haberlo hecho los cuervos, las rapaces...

—No —repitió ella, negando con la cabeza—. Tampoco serían tan minuciosos. No han dejado un solo trozo... —Y se atrevió a decirlo en voz alta—. Esto lo ha hecho un hombre.

Después del examen, el médico y la monja cubrieron el cadáver pulcramente con una sábana, se lavaron y salieron a airearse al patio interior de don Eulogio. El frío, que en otras circunstancias habría sido intolerable, les despejaba la cabeza, como lo hacían el coñac que ella degustaba y el cigarro que disfrutaba él, sentados a una mesa de madera tallada burdamente. Bordeando el patio, luchaban por sobrevivir al frío unas tristes plantas bajas con dos o tres hojas marrones. La casa del doctor era de las más grandes del pueblo, estaba bien iluminada y, lo que era más importante, bien aireada. A Sol le gustaba ir por allí; no le habría importado ser hija de don Eulogio.

—Al señor cura esto no le va a gustar... No le va a gustar nada — dijo don Eulogio, sacándola de su ensimismamiento.

Sol se encogió de hombros. Le importaba poco lo que opinara don Jacinto, al que casi nunca le parecía bien nada. Siempre se paseaba por el convento con la boca torcida, criticando desde la forma de plantar en el huerto hasta la poca luz del comedor. No recordaba haber conocido a una persona menos imbuida de devoción que el cura de Tinieblas, con su perpetua expresión de desagrado. Se quejaba con el mismo tono y la misma importancia de que el convento se retrasara en sus deberes que de una sopa fría. En su mente, sus inconvenientes eran una extensión de los del Señor.

—No se puede evitar, don Eulogio... Tenemos dos asesinatos y las autoridades deben saberlo. Además, le reto a que intente que don Jacinto no se meta hasta la cocina en este asunto —añadió, maliciosa.

—Lo sé, pero esto... —Gesticuló el médico con el cigarro en la mano—. Nunca se había visto algo así en Tinieblas. Claro que hemos tenido violencia y muertos, peleas de alcohol, sobre todo, algún robo miserable, creo recordar una herencia complicada. Pero esto, la brutalidad...

Sol apretó los labios sin saber qué decir y bebió de un trago el alcohol que quedaba en el vaso. Sintió cómo le bajaba el ardor del coñac por el pecho, le picaban los ojos y le subía el color a las mejillas. Apenas bebía, y cuando lo hacía siempre era con don Eulogio. Excepto la primera vez que decidió hacerlo, cuando birló una botella de aguardiente de las cocinas del convento a los quince años. Tuvo que alegar enfermedad al día siguiente y, por fortuna, coló. Los conocimientos médicos de las novicias eran escasos, pero la hermana Dolores la había pillado enseguida, aunque no la había delatado, quizá por la hilaridad que le causaba verla tan maltrecha. La hermana Dolores, su monja favorita, la que les había propuesto a don Eulogio y a ella aquella extraña colaboración. Sol detestaba el convento desde su fallecimiento seis meses atrás.

En ese momento sonó la campanilla de la entrada. Don Eulogio se levantó con dificultad y se dirigió hacia el interior de la vivienda. Pero antes de llegar a la puerta principal oyó una voz femenina, grave y llena de textura:

—Pero ¿qué haces ahí, muchacho?

Sol siguió al médico. En el umbral estaba doña Aurora Caballero, la esposa de don Eulogio. Por lo menos veinte años menor que el doctor, madura, carnosa, generosa en curvas y en labios, una figura imponente con su pelo castaño y rizado suelto y un vestido-camisa ceñido bajo el pecho con una faja roja. Sus ojos castaños, muy maquillados, contemplaban a un joven sentado en el banquillo de

espera bajo la ventana con el sombrero entre las manos y aspecto de llevar allí un buen rato, sin molestar.

—Yo estaba esperando que el doctor y hermana Sol regresen — contestó respetuosamente con voz tímida y acento extranjero.

Raymond Paynter llevaba en el pueblo un año, así que seguía siendo una novedad muy exótica. Había recibido el esperado rechazo del cura y del duque nada más llegar y se dedicaba a rondar por Tinieblas en busca de Andalucía, que era por lo que había viajado a España. La historia de cómo había acabado en Tinieblas había hecho reír a Sol la primera vez que la oyó: aparentemente, el nombre del pueblo le había parecido «*very romantic*» y pensaba que toda España era sol, calor, romance y temperamento «bravo». Se encontraba en la fría Castilla más perdido que un calcetín en una oreja. Su aspecto lo delataba como extranjero, desde su gran altura a su cabello rubio y rizado, mejillas llenas, nariz fina, labios gruesos y ojos azules. Traía a la memoria de los pueblerinos a los invasores ingleses que los habían defendido de los invasores franceses, y no despertaba entusiasmo allá por donde pasaba. Reymón o Rey, lo llamaban en Tinieblas, en parte por mofa y en parte por incapacidad para pronunciar su nombre. Había ido allí a pintar y estaba decidido a hacerlo, aunque fueran los oscuros pinares de la mitad pobre del pueblo, Tinieblas del Río, o los edificios de piedra de Tinieblas del Valle, donde se encontraba el núcleo del pueblo y los edificios importantes.

—¡Qué *pasmao*! —dijo doña Aurora, dirigiéndose hacia la cocina con una cesta llena del mercado. Se contoneaba al andar de una manera que Sol encontraba irritante. Al ver a su marido, le dio un beso en la mejilla—. ¡Ay! ¿Cómo estás, Locho? ¡Qué noche me has dado!

Don Eulogio enrojeció y el rubor se superpuso al verdoso de su piel, resultando en un color muy extraño.

—Estoy mejor —mintió el anciano tragando saliva.

La cara de Rey se iluminó al ver a Sol.

—Deberíais habernos llamado para que supiéramos de vuestra presencia —explicó Sol, tirando al joven del brazo para que se levantara.

—¿Ya os vais, hermana? —preguntó con voz quejumbrosa don Eulogio—. ¿No me vais a echar una mano con... el otro?

Sol había olvidado por completo de que la esperaba otro cadáver.

—Habláis de los zagales muertos, ¿no? —preguntó doña Aurora desde la cocina—. No se habla de otra cosa en el pueblo. Esto no pasa todos los días. ¿Recuerdas cuándo fue la última vez que tuvimos un asesinato, Locho?

—Ay, Aura, no me llames así... —lamentó don Eulogio con vergüenza. Pensó en ello mientras fijaba con unas correas la sábana

que cubría el cuerpo ya examinado—. Estábamos justo hablando de eso. Hará... trece o catorce años. Dos carreteros se enzarzaron por el ganado, el uno acusando al otro de descuido, y el otro acusando al uno de habérselos comido. Sacaron los trabucos, y a uno le volaron un pie y al otro el pecho.

Entre el médico y Sol trasladaron el cuerpo de Pedro Valdecantos de la mesa de la consulta, que se mantenía fría con las ventanas bien abiertas, hasta una superficie de madera tosca que ocupaba todo el espacio de lo que en cualquier otro hogar habría sido una alacena grande. Fue un esfuerzo descomunal, pues los fallecidos eran dos hombres jóvenes y robustos. Sin contar que era de por sí un hombre menudo y delgado, los más de sesenta años de don Eulogio se notaban en la tirantez y rojez de su piel mientras acarrea el cadáver. Su estómago le dio un par de toques antipáticos que tensaron aún más su cara. La monja y el médico fueron incapaces de colocar en la mesa el segundo cuerpo, cubierto también con una sábana, sin la asistencia del inglés. Rey tardó en ayudarles por su excesiva cortesía, por el deseo de no estar en el medio y no molestar.

—¿Qué es esto?—preguntó el joven mientras levantaba un extremo del cuerpo que, por la forma, correspondía a la cabeza.

Sol descubrió la sábana de cintura para abajo y oyó el grito sordo de Rey ante la visión de lo que había debajo. Las extremidades estaban intactas, pero en la entrepierna del muerto había un agujero hondo y oscuro que lo atravesaba hasta la piel interna de las nalgas. Ese vacío la hipnotizó, y lo contempló con los ojos grises desorbitados y sin parpadear para no perder detalle. El cadáver que una vez había sido Bernabé Lafuente no tenía genitales, ni externos ni internos. Los huesos de las caderas asomaban por ese hoyo abierto. Y, subiendo la mirada, tampoco tenía vejiga, ni intestinos, ni... nada. Ni riñones, ni hígado, ni corazón. Era como un muñeco hecho de piel humana. Lo peor era el rostro del muerto: estaba entero y retorcido en una mueca de terror que le había descoyuntado la mandíbula del espanto; esta colgaba hacia un lado, rígida como un pedrusco.

Rey se retiró al portal del patio con la cara verde para vomitar fuera de la vista de Sol, juntando su desayuno al del doctor. Don Eulogio, ya vacío, aguantó en la consulta, tan petrificado como Sol. El muerto vacío era muy distinto del anterior cadáver. Un examen superficial permitió a la monja concluir lo evidente: no tenía apenas sangre. A pesar de haber sido vaciado por completo de órganos no había, ni dentro de la cavidad ni sobre la piel, la cantidad de sangre que debería haber.

—Pudo haberse vertido donde lo encontraron... —propuso don Eulogio.

—Por si acaso iré a comprobarlo antes de volver al convento, para quedar fuera de toda duda —ofreció Sol, dubitativa. Se detuvo un segundo con tiento y curiosidad—. ¿Qué puede haber causado algo así y por qué?

Con el rostro ceniciento, don Eulogio negó con la cabeza mientras cubría el cadáver. En ese momento llamaron a la puerta y entró, sin esperar permiso, el corregidor. Más que un hombre parecía un muñeco de aspecto angelical, con la piel blanquísima y los ojos verde oscuro y enormes, en perpetua expresión de sobresalto. A Sol le recordaba a un niño, un pequeño precioso y consentido. Le resultaba asombroso que en aquellos hombros descansara el gobierno del pueblo.

—¡Señoría! —exclamó don Eulogio. Al oírlo, apareció a la carrera su esposa desde la cocina, secando una patata con el delantal.

—¡Pase, pase, señor corregidor! —indicó ella con una sonrisa ligeramente decepcionada—. Bienvenido a nuestro humilde hogar. Creo que nunca nos había visitado. ¿Le apetece tomar algo?

Don Benicio, que no podía esperar a huir de aquella casa fría y austera, y que jamás habría probado nada salido de allí, se apresuró a negar con la cabeza.

—Tan solo quería solicitar la presencia de don Eulogio en la reunión en casa del señor duque esta noche para tratar el asunto de los... de los... de...

Su voz se fue apagando al posar los ojos ahuevados en el cuerpo sobre la mesa que asomaba por la puerta, afortunadamente ya cubierto con una sábana. Doña Aurora rompió el silencio.

—Allí estaremos.

Don Benicio apartó con un esfuerzo los ojos de la puerta de la consulta y los fijó en ella, torciendo los labios. Claramente consideraba que la esposa del doctor no pintaba nada allí, pero no sabía cómo decirlo. Finalmente pareció decidir que no era asunto suyo, asintió secamente y se retiró. Doña Aurora cogió su mantilla y salió por la puerta tras él.

—¡Habrà que preparar algo para tan distinguida velada! Voy al mercado a por trucha.

Don Eulogio se afanó en recoger su humilde consulta sin levantar la vista, y Sol se dirigió a la cocina para lavarse las manos. Ninguno habló de que en palacio contaban con personal de sobra para proveer al banquete. Rey tampoco dijo nada, aunque en su caso nunca se sabía si era porque no se enteraba de nada o por no quedar mal.

—Yo también debería irme; se hace tarde, y quiero pasar por los campos antes de volver al convento para mirar lo de la sangre —avisó ella, sola en la cocina.

Al salir al recibidor que hacía las veces de salita de espera, encontró a don Eulogio, pequeño, viejo y frágil, entregándole un papel.